

## Efectos modernos y post modernos: marginalidad del hombre y la cultura

*Nerva Bordas de Rojas Paz*

Anhelo: "no hay espejo, todo es fuente"

*A. Machado*

Desde nuestra situación geocultural americana, la necesidad acuciante de proteger nuestro sujeto cultural nos conduce a reflexionar sobre los efectos que el mundo occidental moderno y postmoderno produce sobre las diferentes culturas, comprometiendo al planeta en su totalidad. Se encuentran gravemente amenazados los diversos sujetos culturales a raíz de la expansión homogeneizante de Occidente<sup>1</sup>, cuyo despliegue, bajo la apariencia de mejoramiento y progreso, culmina disolviendo los genios populares, con el inevitable extravío cultural.

Este planteo busca la afirmación sobre sí mismo de nuestro núcleo originario, en función de dos partes convergentes:

- I - Alcance de lo postmoderno: se propone indagar sobre qué pilares se asienta lo postmoderno, qué es lo que anuncia el *post-* que nombra; en qué sentido puede hablarse de un cambio, ya como profundización, ya como agotamiento de lo moderno o si, más allá, descubrimos que sólo se trata de distinciones dentro de lo mismo.
- II - Sujeto cultural americano: quiere delimitar nuestras bases de sustentación para crear, frente a la agresión, una respuesta cultural autónoma y abierta al encuentro con los otros pueblos, a base de decisiones propias.

La consideración del punto I nos lleva a diversas respuestas según la perspectiva desde la cual se oriente el discurso. En primer lugar, nos ubicamos dentro del sujeto productor de, los efectos, para señalar las notas decisivas de

su mundo moderno y postmoderno, con lo cual estaremos en condiciones de conocer su intimidad. En segundo lugar, situados fuera de dicho sujeto, queremos llegar al qué y al cómo de la exportación de sus categorías internas. Se intenta delimitar los supuestos sobre los que es factible universalizar creaciones particulares, como así también definir la inserción de los pueblos en el ámbito internacional. Se parte del hecho de que, en la actualidad, las naciones se ven presionadas a optar entre ser apéndice del poder mundial bajo el lema de la modernización más la necesidad de abandonar un pasado que se califica de obsoleto, o luchar en forma titánica para permanecer fieles a su núcleo fundante y poder expresarlo y crecer sobre su propia vitalidad. Se agrega a ello que las soluciones intermedias obligan a navegar sobre dos aguas y son, por tanto, fuente híbrida de desgaste y desorientación.

El punto II exige definir, en un pequeño texto, el papel americano, sus posibilidades en atención a las categorías constitutivas que dejaremos precisadas y su misión recuperadora de lo marginado por Occidente.

Sobre este relieve corre implícito un sacar a la luz la concepción subyacente de hombre, comunidad, mundo y Dios. Esta tesis sostiene que el momento moderno y postmoderno, a fuerza de sus abstracciones, los ha volatilizado, condenándolos a la marginalidad. Son negados, a raíz de su afirmación parcial, el hombre y su libertad, el sujeto social como tal, el mundo y Dios. Intentaremos demostrar cómo ha sido posible. El planeta todo es conducido a comportarse como un espejo que refleja la imagen de otro, bajo el imperativo de secar las fuentes.

## **I- Alcance de lo postmoderno**

### **A- Configuración interna del sujeto occidental**

Las bases de sustentación de este sujeto son el fruto de una larga elaboración con diversos resultados e influencias sintetizadas en una unidad

coherente que legitima hablar del “espíritu de Occidente”. Muchos sucesos lo preparan pero se despliega con un sello distintivo: su vocación de universalidad. No se trata de una cultura cerrada sobre sí misma, sino que se revela a partir de un fuerte acento expansivo. Nos interesa dicho rasgo porque incide sobre las diversas culturas, y detenemos nuestra atención en el modo como tal expansión se lleva a cabo. Un acontecimiento transcendental para la historia de la humanidad lo testimonia: la aparición de este continente como americano. Por virtud de dicho rasgo, 1492 es el año en el que el mundo se integra, adopta su composición real conciente. Más que el “descubrimiento de América”, que sólo representa la visión del sujeto europeo, se trata de un mundo presente como un todo en función de un espíritu, el occidental, que tiende a salir de sí mismo. No sólo nos importa señalar el hecho, sino que hace falta delimitar qué lo define, pues aquello que se inicia como posibilidad de integración solidaria, deviene una absolutización dominadora con una exigencia de verdad: la violencia. Es menester deslindar aquel espíritu abierto para comprender por qué, en definitiva, derivó en una experiencia disgregante y totalitaria, que forzó a estos pueblos a una lucha sangrienta por su libertad, siendo ésta una de las principales banderas que el occidente moderno levanta.

Nuestro punto de partida es el mundo moderno y ello no significa desatender los momentos precedentes, que consideramos fundamentales en su conformación. Nuestra decisión tiene en la base estos hechos:

- a) el mundo moderno representa un profundo cambio en la cosmovisión e interpretación de lo real, redefiniéndose desde allí la relación con los pueblos.
- b) esa nueva visión abandona la categoría del amor que el cristianismo puso a la base del encuentro de los hombres y los pueblos, entendidos como hermanos y se proyecta como violencia que define posiciones por conquista y guerra, subsistente en nuestros días.
- c) Es en dicho momento cuando América entra como tal en la escena mundial, receptora por conquista de aquellos efectos, con un accionar que inicialmente mezcla amor y violencia.

Pasamos a considerar desde esta perspectiva los caracteres de lo moderno y postmoderno.

## 1- Mundo Moderno

El yo pienso como certeza absoluta es el punto de partida de este período de enorme trascendencia para la historia de la humanidad. Su magnitud es comparable a los otros dos grandes hitos que le precedieron: el nacimiento de la filosofía en Grecia y el advenimiento de Cristo. Con él se inicia una nueva interpretación del mundo, el cual, abandonando sus mitos, la visión armoniosa de la naturaleza o la creación divina, pasa a sostenerse sobre un sujeto racional abstracto autosuficiente.

Se afirma sobre la negación del pasado, considerando que es capaz de comienzo absoluto. Ser moderno es, entonces, partir de algo nuevo, aceptar el cambio como necesidad, ser hacedor de la historia, instalarse en el desarraigo, y liberarse de un pasado que es visto como atadura e impedimento para el progreso. La voluntad moderna de olvidar el ayer y destruir la memoria lleva implícito un proyecto que quiere liberar al hombre, a quien concibe prisionero de viejas estructuras: mitos, naturaleza, dioses. Este tipo de libertad absolutizada le hace perder todo referente externo, haciéndolo principio.

Sin perjuicio de ello, afirmamos en todo sujeto, ya individual o colectivo, la presencia de un pasado subsistente más allá de cualquier voluntad negadora, más presente cuanto más negado. Así, del pasado occidental rescatamos tres ideas-centro del mundo medieval que hacen impacto al moderno y que éste reformula en función de opciones e instalado en otra manera de interpretar el mundo. Ellas son los conceptos de Persona, Creación y Libertad. Dicha reformulación se hace olvidando un aspecto y acentuando otro, parcialidad que origina una desmesura que lleva a torcer un destino y perder el control de aquello que funda. Sin la configuración del concepto de Persona precedente, resulta impensable la individuación de la conciencia y la consumación de un sujeto individual con

voluntad autónoma. Sin el concepto de libertad que trae el cristianismo que recibió y superó, a su vez, la concepción trágica del mundo griego, tampoco se alcanza la libertad individual. Sin el concepto de creación heredado del mundo hebreo, no se sostiene la idea de un sujeto constructor del mundo. Estas tres nociones cambian de sentido al cambiar su fundamento; el concepto de persona abandona al hombre y se instala en un sujeto abstracto deshumanizado; el concepto de creación deja el lugar de los dioses y se apodera del citado sujeto que transforma el no yo en insubstancial, y el de libertad, absolutizado en lo individual, se vuelve abstracto y negador, profundamente tirano.

Sobre estos lineamientos marcaremos los caracteres en función de los cuales Occidente puede proyectar sobre el mundo su experiencia particular y universalizar sus categorías internas, al alto costo de perderse a sí mismo.

- a) Conformación de un sujeto racional abstracto que asume la fundamentación del mundo y se autoconstituye en posibilidad de toda experiencia: pertenece al mundo de lo necesario y apriori, para lo cual necesita de la abstracción y formalidad. Las formas habilitan la expansión planetaria y hacen realidad la voluntad de dominio por nivelación de lo real. Desentenderse de los contenidos es desentenderse de las culturas. El efecto nivelador lleva a la consiguiente desaparición de las producciones regionales.
- b) Aprehensión de lo real por representación. Este modo del conocimiento privilegia el papel del sujeto racional, con lo cual el mundo se vuelve inesencial y deviene, como lo señala Heidegger<sup>2</sup>, imagen y semejanza del citado sujeto.
- c) Separación de la ciencia y la moral. Más allá del esfuerzo kantiano por reunirlos y dar prioridad a la esfera práctica sobre la teórica, permanecen inconexas, resultando privilegiado el aspecto científico-cognoscitivo sobre la libertad y el obrar. El conocimiento se plantea como ilimitado y la libertad no puede gobernar las fuerzas que el espíritu científico desata. La libertad se cierra sobre lo individual y se atomiza; cuando alcanza lo universal se vuelve abstracta y se experimenta como impotente. El saber anula el mundo moral, esto es, la libertad. Por tanto, lo que mora en las costumbres pierde entidad y debe alcanzar un modelo racional gestado más allá, idealmente.

- d) Unificación del saber por la unificación de los métodos. Se plantea también aquí un modelo arquetípico para todo tipo de saber, método que lleva a la exactitud, la certeza y el rigor. Aquellas esferas no matematizables tuercen su naturaleza para “entrar en el seguro camino de la ciencia”.

En cada uno de estos supuestos se ha marginado un aspecto. En el primero se ha perdido el hombre, en el segundo el mundo y lo divino, en el tercero la libertad y por ende la sabiduría, en el cuarto los saberes que se resisten a la medida y al cálculo, acusados de irracionales.

En síntesis, este período nos arroja un hombre despersonalizado, un mundo inesencial donde los dioses han sido reemplazados por sistemas racionales; una voluntad dominadora y expansiva fundada en la abstracción y formalidad que conduce al desconocimiento de las expresiones culturales particulares.

## 2- Mundo postmoderno

Su significación no es unívoca, y puede cuestionarse la legitimidad de un “post”. Nuestro análisis no supone desconocer los efectos positivos de este mundo desatado cuando son aprovechables universalmente, sino que busca focalizar los orígenes de los efectos negativos que conducen a la necesidad de proteger los sujetos culturales particulares, visiblemente amenazados en su integridad y desarrollo. No se caracteriza la expansión como negativa en sí misma, sino que lleva dicho signo cuando crece sobre la anulación de lo otro.

Debemos delimitar si estamos frente a un período que representa un nuevo fundamento o si sólo se trata de distinciones dentro de lo mismo.

Lyotard relaciona el tema con la condición del saber en las sociedades más desarrolladas y afirma que “el término está en uso en el continente americano, en pluma de sociólogos y críticos. Designa el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas del juego de la ciencia, de la literatura y las artes a partir del siglo XIX”<sup>3</sup>.

Habermas se pregunta en cambio, si "habríamos de tratar de asirnos a las intenciones de la ilustración por débil es que sean o si deberíamos declarar a todo el proyecto de la modernidad como causa, perdida"<sup>4</sup>. La respuesta será diferente según desde dónde formulemos la cuestión. Proponemos dos tipos de reflexión, que corresponden a dos tipos de experiencia.

- a) Desde los centros de poder mundial. En esta perspectiva, los efectos del mundo moderno mantienen su vigencia y subsisten proyectados al hiperdesarrollo. La dialéctica de violencia, dominio y expansión se mantienen y amplían su radio de acción hacia el espacio. Los pilares de sustentación del mundo moderno no han sufrido desmoronamiento. Aunque han variado las nociones de tiempo y espacio, la ciencia ahonda sus supuestos y deriva en un mundo tecnológico sobre el que recae la infinitud y el progreso ilimitado. Cambian los modos de producción, los sistemas de información y comunicación alcanzan niveles impensados; la cibernética, la robótica, etc. se superdimensionan. El proceso alcanza su máxima abstracción en un mundo que perdió su ser y que deambula sin control moral. La situación implica tanto a los regímenes de concepción individualista cuanto socialista, como variantes de lo mismo.
- b) Más allá de dichos centros. Se observan signos de deterioro interno que permiten hablar de una crisis. El intento crítico busca desabsolutizar la razón y encontrar un fundamento que trascienda la subjetividad. Viejas nociones se resquebrajan, como la creencia en el progreso ilimitado, o el de una naturaleza inacabable pasible de expoliación, etc. Se abre un abanico de posibilidades que representan un post-, sin que alcance a ser un momento con nombre propio identificatorio, dado que lo antecedente mantiene sus efectos.

En este inciso y a los fines reflexivos, señalaremos tres direcciones centrales del pensamiento que denuncian el conflicto interno, recogiendo una realidad compleja y problemática.

1. En esta línea se propone la exacerbación de los procesos lógico-abstractos. A partir de la anulación de las diferencias, se extraen formas

puras generalizadoras que no conservan lo particular, sino que lo suprimen. Se piensa al hombre y las experiencias sociales como reductibles a sistemas, considerando las producciones culturales como meros episodios secundarios e ilusorios. Se vuelve a negar al hombre, esta vez explícitamente, identificado con la subjetividad racional, proponiendo la deconstitución del sujeto.

Foucault en este sentido expresa: "... con anterioridad a toda existencia humana, a todo pensamiento humano, existiría ya un saber, un sistema que redescubrimos..., sistema anónimo sin sujeto... El 'yo' ha estallado (véase la literatura moderna), estamos ante el descubrimiento del 'hay'... No se coloca al hombre en el puesto de Dios, sino en un pensamiento anónimo, en un saber sin sujeto, en lo teórico sin identidad..."<sup>5</sup>

Si bien este ataque se dirige contra el fundamento moderno asentado en una parcialidad, cuestión legítima, cae en una nueva abstracción de diferente sentido, igualmente parcial, que sigue respondiendo a una interpretación que mantiene descolocado al hombre en plenitud. El hombre concreto permanece igualmente marginado como en el viejo humanismo, sólo que se cambia el signo de lo sectario, permanece en el anonimato, que es otro modo de la abstracción.

Por su parte, Lévy Strauss lleva a cabo el análisis del inconciente, al que adjudica categorías racionales, constituido por estructuras, un sistema que funciona cohesionado por un código que puede ser descifrado y traducido a otros sistemas. Esto representa otro modo de la generalización. Al analizar los mitos, se desinteresa de los contenidos; su preocupación es desnudar la estructura que funciona como ley general y formal, al igual que los sistemas lógico-matemáticos, unificando así el mundo mítico con el moderno; resultan de poca significación las diferencias sustentadas en la diversidad simbólica. La pluralidad de culturas es una ilusión ya que todas dicen lo mismo, pues estructuralmente son gemelas. En el fondo sigue estando



presente la formalidad kantiana, -sólo que ha perdido el sujeto y el objeto. No hay una intimidad agustiniana que dialogue consigo misma, el mundo y Dios; quedó abolido el yo que pueda acompañar todas sus representaciones. Impugnada y negada la conciencia, desaparece el sujeto racional; pero sus substitutos nos dejan en la más absoluta despersonalización, sin comunidad, sin dioses, sin libertad, sin moral. Seguimos permaneciendo en lo universal formal.

2. Una segunda tendencia muestra el pesimismo dentro del que se experimenta la aniquilación de lo moderno por saturación, en firme proceso implosivo. Baudrillard plantea la cultura actual como simulacro y anuncia el fin del hombre, de lo social, en un mundo de simulación, donde no se distingue la copia del original, porque no hay originales ya que todo es copia, dice, "al estilo de Disneylandia". El cambio pasa por el movimiento de la representación a la simulación, con lo que se afirma que lo moderno tocó a su fin. "Mientras que la representación intenta absorber la simulación interpretada como falsa representación, la simulación envuelve todo el edificio de la representación, tomándolo como simulacro"<sup>6</sup>. Afirma la saturación gigantesca del sistema y de sus fuerzas neutralizadoras, inutilizables, ininteligibles e inexplorables, salvo la explosión hacia el interior, la implosión, "en la que todas estas energías se abolirán en un proceso catastrófico en sentido literal, es decir en el sentido de una reversión de todo el ciclo hacia el punto mínimo, de una reversión de las energías hacia el más estrecho umbral"<sup>7</sup>. Muy significativamente habla de "el gran incinerador que absorbe toda energía cultural y la devora". En su opinión, mayo del 68 fue el primer episodio implosivo.

Quedan implicadas en este análisis las formulaciones que acentúan la existencia, o lo social, o el inconciente, pues todas se constituyen sobre una absolutización de parcialidades que se cierran sobre sí mismas y no dan cuenta del todo. Terminan en universalizaciones que nivelan las diferencias disolviéndolas.

Un párrafo especial merece el sistema hegeliano, sobre el que no pesan las acusaciones de abstracción, aunque sí las de dominio, con un enorme desprecio por las expresiones culturales que aún no han iniciado el arduo camino del concepto, según su planteo. El espíritu en tanto Todo se desimplica como sistema en busca de su libertad, esto es, del saber absoluto. Su movimiento tiene carácter dialéctico y en su camino va reconciliando los opuestos desde el espíritu subjetivo hasta alcanzar la última figura del espíritu objetivo, el Estado, en la que nos detenemos. Dentro del sistema, el hombre es un momento del Todo y el Estado asume caracteres peculiares cuando sale de sí y se despliega entrando en relación con otros estados. En el concierto internacional uno solo es el que asume el espíritu del mundo y lo hace avanzar históricamente, circunstancia que nos enfrenta a la cuestión de los imperialismos o el poder hegemónico central. Por otra parte, dentro del Estado, el espíritu es reconciliador de los opuestos, pero en el encuentro con los otros estados se vuelve guerrero y violento, al tener que dirimir su lugar en el mundo.

3. Por último, señalaremos una tercera corriente que conlleva una fuerte crítica y llama a un urgente replanteo de los fundamentos. Estos pensadores, abiertos a la posibilidad de un diálogo fecundo entre los pueblos, son apropiables por los sujetos negados.

Recordamos estas palabras de P. Ricoeur: "Si bien el fenómeno de universalización es un avance para la humanidad, al mismo tiempo constituye una especie de destrucción sutil no sólo de las culturas tradicionales, lo cual quizás no fuera una pérdida irreparable, sino también de lo que llamaré en lo sucesivo el núcleo creativo de las grandes culturas, ese núcleo sobre cuya base interpretamos la vida, lo que llamaré por anticipado el núcleo ético-mítico de la humanidad"<sup>8</sup>.

La universalización no resulta legitimada cuando adopta la formulación abstracta y avasallante y se constituye en destructora sutil del núcleo

ético-mítico, como dice Ricoeur. Sin embargo, entendemos que hay otro modo de acceso a lo universal que justifica lo abierto del hombre a la trascendencia, y es aquel que se logra a partir del respeto y reconocimiento de lo particular, cuando las elaboraciones concretas de las culturas tienen reconocimiento universal.

El análisis dentro del sujeto arroja una realidad interpretada desde la violencia, la abstracción y el dominio; pero tales categorías no sólo han sido exportadas, sino que han quedado en casa. Europa, a fuerza de negar los contenidos, se ha quedado vacía. Por tanto, no sólo resultan amenazados los otros sujetos culturales, sino que los efectos la comprenden y, como consecuencia de tanta apelación a las formas, se ha abandonado a sí misma. No sólo ha perdido el centro del poder mundial, sino que ha descuidado su propia interioridad, desatención que la coloca en la actual crisis de fundamentación.

## **B- Configuración externa del sujeto occidental**

Situándose fuera del sujeto en análisis, pasamos a considerar la expansión de sus categorías internas, o sea su salida de sí mismo y el encuentro con las otras culturas. Concluimos en el punto anterior definiéndolas en su génesis; ahora atendemos a su exteriorización comprobando que se produce bajo sus mismos signos constitutivos: violencia, dominio y abstracción, más allá de las intenciones reales, por gravitación ontológica de tales elementos. El encuentro con los otros pueblos se hacen sin apelación ética, y sus efectos sobre las culturas tienen carácter disolvente pues atienden a la homogeneización masiva. Una postura defensiva no significa negar abstractamente todos los efectos, incluyendo los positivos que pueden ser aprovechados por toda la humanidad, en tanto universalizables en razón de su justicia; caeríamos, de ese modo, en una reversión interna. Nuestro eje de consideración pasa por la posibilidad o no de la decisión autónoma de cada pueblo respecto de lo que considere puede ayudar a su maduración, según una compatibilidad con su *éthos* interno. En tanto el

dato exterior implique quebrar por agresión un madurar autónomo, se detiene, descolocándolo ontológicamente, al sujeto cultural agredido.

En este contexto, para el receptor, tanto lo moderno cuanto lo postmoderno, conducen a los mismos resultados, pues se asientan en los mismos supuestos. Sólo advertimos que lo postmoderno se presenta agudizando los esquemas de dominio, ante la necesidad del agresor de exportar su crisis interna. Ese es el sentido que alcanza la reactualización de un llamado a modernizarse, prometiendo computadoras en zonas indígenas. Significa un llamado a la propia negación, afirmándonos como vehículos por los que drenan las crisis ajenas.

La modernización del siglo pasado dejó al planeta institucionalizado políticamente en función de estados conformados a imitación de un modelo central: el estado moderno europeo. Esta figura interna alcanzada en función de una experiencia histórica concreta, fue elevada a categoría universal abstracta y sobre ella se demarcó el mapa mundial, y con tal demarcación forzada resultaron alteradas sus decisiones vitales íntimas. Si esa fue la primera modernización, quedó pendiente para este siglo la anulación de toda estrategia de vida independiente, concretada a través de la alucinante invasión tecnológica, incluida la programación mundial de la economía.

Asimismo cabe referirse a los alcances emergentes desde el poder mundial central, o desde la tarea especulativa. El primero plantea la universalización como interdependencia necesaria, obligada, de los diferentes estados, resultando impensable un actuar independiente. Esa interdependencia exige a todas las naciones ser partícipes de un modo de vida que no han gestado y en el cual la cuota de participación y el precio a pagar se deciden fuera de ellas. Significa implicar a los pueblos en las categorías de este sujeto occidental ya caracterizado internamente. Desde el pensamiento, se los interpreta contruidos sobre simientes racionales idénticas, involucrados sus mitos, que hablarían de una universalidad estructural; ello convoca a la confusión global, donde las culturas son episódicas y secundarias.

Es preciso distinguir entre las consecuencias que recaen sobre las llamadas culturas periféricas y las que llamaremos ancestrales. Las primeras, como las americanas, son aquellas cuyo sujeto ha recibido la vertiente occidental como componente genético; están caracterizadas por el mestizaje y el no haber completado su cohesión interna. A ellas nos referiremos en el punto siguiente. Las otras pertenecen a núcleos elaborados milenariamente, ya cohesionados y sin mestizaje. Dentro de éstas se advierten dos tipos de comportamiento: por un lado, aquellas que se han cerrado sobre sí mismas y permanecen fieles a su interioridad; oponen a la máquina moderna su rueda secular, pagando un alto precio de expoliación y hambre. Por el otro están las que han fragmentado su obrar diferenciando lo externo y lo interno. Del lado de lo que llamamos externo se han montado sobre las categorías occidentales y se han insertado mundialmente en el esquema de poder. En lo interno, al menos en lo aparente, han permanecido fieles a su núcleo originario. Decimos aparente porque los efectos de tal decisión de fractura, en tanto tal, no han madurado como para realizar un análisis que no sea una afirmación aventurada.

Nuestra reflexión quiere afirmar un encuentro ético, que supone el respeto por las producciones culturales particulares, con un intercambio entre las mismas sobre bases de justicia que eliminen el ingrediente de violencia y coacción para definir una universalización. Sólo a partir de este cambio, que se supone en el punto de partida, habrá quedado abandonado el mundo moderno y postmoderno y podrá hablarse de una comunidad de naciones.

## **II- Sujeto cultural americano**

En lo que a América respecta, se trata de un territorio conquistado y la forma en que tal hecho se llevó a cabo le da una particular realidad. Su sometimiento se efectivizó en función de dos modos sustancialmente diferentes, que ocasionaron su escisión en dos bloques opuestos: la conquista sajona en el norte y la ibérica en el sur. La primera se hizo desplegando categorías europeas ortodoxas, prolongándose el espíritu de Occidente a estas tierras; su signo fue el

exterminio de hombres y culturas y la apropiación del suelo. No hubo mezcla sino aniquilación. La segunda, producida por un sujeto no moderno sino católico, tuvo ribetes diferentes: sin aminorar la violencia, produjo, en cambio, un sujeto nuevo, fruto de la mezcla, rico en ambigüedades, peculiar, que fue sintetizando sus vertientes y componiéndose a partir de aportes externos que enriquecieron su núcleo. Al mismo tiempo, sin haber agotado su cohesión interna, fue sometido a agresiones desnaturalizadoras que le obligan, aún hoy, a vivir en la resistencia y la desorientación cultural. Estas dos categorías son fundamentales en la definición de nuestro sujeto y resultan vigorizadas cuando se intenta su modernización desde modelos externos. La resistencia implica un vivir defendiéndose de las cargas negadoras, tanto internas cuanto externas, y la desorientación se experimenta cuando se impide el ejercicio de su poder sintetizador, descolocándolo y descentrándolo, provocando su desajuste ontológico, en perjuicio de su papel creativo y autónomo. Resistencia y desorientación originan un sujeto no cohesionado, con hondas cicatrices que dificultan su crecimiento maduro. Aún así, la enorme fuerza cultural que va creando hace que, por sobre los impedimentos, produzca un obrar auténtico. Testimonia esta afirmación su arte, síntesis de numerosos aportes recreados en una unidad nueva, sobre todo visibles en su literatura y su música.

Si nos atenemos a sus categorías internas, la cultura americana privilegia la "significación" sobre la "esencia"; le preocupa el sentido antes que la definición o el concepto y por eso permanece profundamente creyente. Occidente ha privilegiado el "qué es" y delineó el camino de la ciencia, que lo hizo dueña del mundo. Desde el "qué" pasó al "cómo" y generó su técnica. Así, desalojando antiguos mitos y dioses, se apropió del espacio y el tiempo que integró a su subjetividad. Cada cultura genera su propia técnica respondiendo a su modo de instalarse en el mundo. En América el espacio y el tiempo están poblados de dioses y su estrategia de vida es un conjuro, no un dominio. El conjuro necesita un obrar que equilibre fuerzas, no una técnica manipuladora de un mundo vuelto inesencial. Dioses y demonios no han huido, y las categorías que se dejan señaladas resultan fundamentales para comprender las decisiones internas que planifican sus respuestas vitales.

En nuestros sujetos americanos, el poder constituido contribuyó a ese actuar en la resistencia y la desorientación cuando privilegió, absolutizándola, la vertiente occidental, alentando la modernización y organizando políticamente el país sobre categorías importadas que legislaron su libertad modernamente. Con ello resignó la "significación" para internarse en el qué y el cómo; tuvo que negar su pasado, transformarse en un sujeto amnésico dominador del tiempo y el espacio, asumir la soberbia de ser Dios, enfrentarse a la naturaleza y a sus semejantes, progresar y acumular, objetivos que obviamente no alcanzó. No pudo ser moderno.

El siglo XX nos encuentra dependientes y calcando el anterior. Se reitera el imperativo de la modernización pero, en este caso, la situación es más grave, pues a nuestra crisis interior se agrega la propia del sujeto desculturalizante, que ha optado por vivir en una parcialidad. Con esto nuestro análisis hace conciente que toda agresión externa necesita canalizarse a través de elementos internos que propicien la desculturalización.

## Notas

<sup>1</sup> Nos remitimos a la caracterización que de Occidente ha hecho Husserl como estructura espiritual: "Europa entendida no geográfica o cartográficamente... En el sentido espiritual pertenecen manifiestamente también a Europa los Dominios Británicos, los Estados Unidos, etc., pero no los esquimales, ni los indios de las exposiciones de las ferias, ni los gitanos que vagabundean permanentemente por Europa..." ("La filosofía en la crisis de la humanidad", en *La filosofía como ciencia estricta*, Nova, Buenos Aires, 2da. ed., 1969, pág. 14). En nuestra opinión América no es un Occidente sin más, sino que lo expresa reformulado según su propia síntesis.

<sup>2</sup> Heidegger, M., *Sendas Perdidas*, "La época de la imagen del mundo". Ed Losada Bs. As., 1960.

<sup>3</sup> Lyotard, J. F., *La condición post-moderna*. Ed. Cátedra, 2da. 3d. 1986, pág. 9.

<sup>4</sup> Habermas y otros. *La Postmodernidad*. Ed. Kairós 1985, pág. 28.

<sup>5</sup> Foucault, M., *Saber y Verdad*. E. La Piqueta, 1985. pág. 33.

<sup>6</sup> Baudrillard, *Cultura y Simulacro*, Ed. Kairós, 1984, pág. 18.

<sup>7</sup> Baudrillard, o.c. pág. 83.

<sup>8</sup> Ricoeur, P., *Histoire et Verité*. Ed. de Seuil 1955, pág. 292.